

# «Edificaré mi iglesia»

*[Jesús] preguntó a sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? [...] Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Entonces le respondió Jesús: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia... (Mateo 16.13–19).*

Cuando enseñaba yo una clase de Reseña del Nuevo Testamento en la Harding University, llegamos a 1<sup>era</sup> Corintios, cuando estábamos cerca de la mitad del semestre. Ya había hecho yo una breve introducción del libro, y estábamos preparados para analizar los pasajes clave, las ideas principales y la organización del libro, con el fin de que los estudiantes pudieran tener un entendimiento bastante detallado de su contenido. Ese día en particular, estábamos considerando las enseñanzas de los capítulos 1 al 3, donde Pablo reprende a los corintios por su división.

Empezamos por notar que la familia de Cloé, había informado a Pablo de que en la iglesia de Corinto había divisiones (1<sup>era</sup> Corintios 1.11). Algunos estaban diciendo: «Yo soy de Pablo»; otros: «y yo de Apolos»; y aún otros: «y yo de Cefas» (vers.º 12). La situación era trágica, y Pablo instó a que se abandonara de inmediato toda división. Les dijo: «Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer» (vers.º 10). Tres versículos más adelante, Pablo fue aún más directo. Les preguntó: «¿Acaso está dividido Cristo? ¿Fue crucificado Pablo por vosotros? ¿O fuisteis bautizados en el nombre de Pablo?» (vers.º 13).

Al seguir este estudio, observamos la declaración de Pablo en el sentido de que seguir a los hombres equivale a seguir la sabiduría humana, y no la sabiduría de Dios (vea 1<sup>era</sup> Corintios 1.18–31). En el capítulo 2 vimos que la revelación dada a los corintios fue dada por el Espíritu Santo por medio de Pablo. A estos cristianos se les dijo que se comprometieran con el mensaje divino, no con los mensajeros. En el capítulo 3 Pablo dijo que son los

niños en Cristo los que siguen a las personalidades humanas y la sabiduría humana, mientras que los cristianos maduros siguen solamente a Dios. Leemos la evaluación que le merecen a Pablo los diferentes maestros y predicadores: «¿Qué, pues, es Pablo, y qué es Apolos? Servidores por medio de los cuales habéis creído; y eso según lo que a cada uno concedió el Señor. Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios. Así ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento» (vers.ºs 5–7).

Cuando terminaba la clase, reflexionamos sobre la terminante sentencia de Pablo en el sentido de que si alguno destruyere la iglesia de Dios, él será destruido por el Señor (1<sup>era</sup> Corintios 3.17). Noté que la clase estaba más atenta de lo normal. Esperaba que los comentarios hubieran respondido algunas de las preguntas de ellos acerca de la división religiosa.

Cuando el timbre sonó y los estudiantes se dispersaron para ir a su siguiente clase, una joven se quedó para hacer una pregunta. Era obvio que le habían afectado profundamente los versículos que habíamos estudiado. Con labios temblorosos, me dijo: «Hermano Cloer, he asistido a los cultos toda la vida, pero estos versículos que analizamos hoy me han dejado confundida. Al escuchar sus comentarios, y al leer con cuidado los versículos, me di cuenta de que ¡yo no sé qué es la iglesia! ¿Podría usted responderme una sencilla pregunta? ¿Qué es la iglesia?». Traté de responder la pregunta tan rápida y tan claramente como pude. Pareció entender lo que dije, y salió. Más adelante en el semestre, traté de sacar a colación esta idea tan menudo como fue posible, con el fin de ayudarles a ella y a los demás a entender qué es la iglesia. No volví a oír preguntas de ella, por lo tanto, di por

sentado que su pregunta fue respondida.

Esta joven había permitido que una idea incorrecta de la iglesia fuera impresa en su mente por el mundo religioso dividido que le rodeaba. El mundo le había dicho que la iglesia era un conglomerado de diferentes grupos denominacionales. No obstante, cuando leemos 1<sup>era</sup> Corintios 1—3 y descubrimos que Pablo dijo que el cuerpo de Cristo no ha de estar dividido, ella vio una definición de la iglesia que era completamente diferente de la que le había impuesto el mundo religioso. Las dos definiciones —la del mundo y la de las Escrituras— eran incompatibles. Ella sabía muy bien que no podía creer en ambas, sabía que debía desechar o desestimar una de ellas. Creo que aceptó la definición bíblica y desechó la del mundo.

Tal vez no haya otra verdad que se enseñe tan claramente en el Nuevo Testamento como la verdad acerca de la iglesia que Cristo edificó. Sin embargo, tampoco hay otra verdad que haya sido objeto de tanta complicación, difamación y falsificación por parte del mundo religioso. Debemos volver a las Escrituras para tener una idea verdadera de la iglesia.

No es mucho lo que tenemos que avanzar en la lectura del Nuevo Testamento para encontrarnos con la más clara de las enseñanzas acerca de la iglesia. Uno de los grandes pasajes acerca de la iglesia de Cristo se encuentra en Mateo 16.13–19. De particular interés para nosotros es la afirmación que hace Jesús en el versículo 18, donde dice: «Edificaré mi iglesia». He aquí tres palabras (son cuatro en el original griego) que aclaran qué es la iglesia.

Planteemos a este pasaje la pregunta: «¿Cuál es la verdad acerca de la iglesia?». Después, con una mente que se deja enseñar y que es receptiva ante el Señor Jesucristo, permitamos que Él responda nuestra pregunta.

Esta declaración presenta varias características de la iglesia del Señor. Cuando estas características se reúnen en un conjunto, podemos ver el cuadro completo que Jesús quiso que viéramos, de la iglesia.

### QUIÉN LA EDIFICA

La primera de las cuatro palabras lleva implícita la persona que la edifica. Jesús dijo: «edificaré», confirmando que la iglesia fue idea y plan Suyos. La iglesia de la cual habla el Nuevo Testamento no fue concebida por el hombre mortal, sino por Jesús mismo.

En vista de que Jesús vino a hacer la voluntad del Padre, podemos decir que la iglesia era y es el

propósito eterno de Dios. Antes que fuesen puestos los cimientos de la tierra, la iglesia fue concebida como la intención eterna de Dios (Efesios 3.9–11). La iglesia no fue una casualidad; es el propósito mismo que el Padre tenía en mente cuando envió a Su Hijo al mundo.

J. I. Packer acertó al decir que si uno puede superar los obstáculos mentales que le impiden reconocer que Jesús es Dios venido en la carne, no tendrá problema alguno para creer las demás verdades del cristianismo neotestamentario. Esto fue lo que escribió:

La realmente asombrosa [...] afirmación es que Jesús de Nazaret fue Dios hecho hombre — que la segunda persona de la Deidad llegó a ser «el segundo hombre» (1<sup>era</sup> Corintios 15.47)— [...] y que asumió la condición humana sin perder Deidad, de modo que Jesús de Nazaret fue tan verdadera y tan plenamente divino, como lo fue humano. Si uno puede creer esta parte del cristianismo, no tendrá dificultad alguna para creer el resto. «Aquel Verbo fue hecho carne» (Juan 1.14); Dios se hizo hombre, el Hijo divino llegó a ser un judío; el Todopoderoso apareció sobre la Tierra como un niño indefenso, incapaz de hacer otra cosa más que estar acostado, mirar fijamente, retorcerse y hacer ruidos, un niño con necesidad de que se le alimentara y se le cambiaran los pañales, y de que se le enseñara a hablar como a cualquier otro niño. No hubo ilusión ni engaño en esto; la niñez del Hijo de Dios fue una realidad. Entre más piensa uno en ello, más asombroso es. No hay nada en la ficción tan fantástico como esta verdad de la encarnación. Es por creer mal, o por lo menos por creer de forma inapropiada, en la encarnación, que por lo general afloran dificultades en los demás aspectos del relato del evangelio. Una vez que la encarnación se percibe como una realidad, las demás dificultades se disipan.<sup>1</sup>

Está en lo correcto, ¿verdad que sí? Si creemos en el testimonio de la Palabra de Dios, en el sentido de que la segunda persona de la Deidad vino a la tierra para redimirnos, entonces no tendremos dificultad alguna para creer cualquier otra doctrina del Nuevo Testamento —incluyendo el nacimiento virginal, los milagros, la resurrección y la ascensión. La deidad de Cristo es la gran verdad subyacente.

Jesucristo, el Hijo de Dios, la segunda persona de la Deidad, dijo: «Edificaré mi iglesia» —y más vale que le creamos. La iglesia de la cual estaba hablando no era asunto menor, ni secundario; era Su plan, y el plan de la Deidad.

---

<sup>1</sup>J. I. Packer, *Knowing God (Conocer a Dios)* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1973), 46.

El que edificó la iglesia habla directamente sobre la importancia de ella. Cuando reconocemos que Jesús, el santo Hijo de Dios, en efecto, dijo: «Seré Yo mismo quien edificará la iglesia», esto debería responder de una vez por todas la pregunta sobre el valor de ella en nuestra mente. ¿A quién se le ocurriría debatirlo?

### CÓMO LA EDIFICÓ

La palabra «edificaré» sugiere la ejecución o el cumplimiento del plan de Cristo. En cuanto a la creación de la iglesia, dos verdades deben hacerse notar. Primero, la edificación había de llevarse a cabo en un tiempo futuro para la ocasión en que fueron dichas las palabras. Jesús estaba al final de su ministerio terrenal, pero Él dijo que pronto edificaría la iglesia.

En segundo lugar, Jesús mismo estaría llevando a cabo la edificación. La iglesia no solamente fue plan divino, sino que también fue ejecución divina. Jesús no solamente fue el autor de la iglesia; Él y el Espíritu Santo formaron el equipo divino que la hizo existir.

¿Cómo creó Jesús la iglesia? En los evangelios, los autores inspirados dieron a entender cómo realizó Jesús este proceso de edificación:

1) *Lo realizó por medio de su ministerio terrenal.* Al estudiar el ministerio terrenal de Jesús, notamos que algo quedó faltando; algo todavía estaba por venir. Jesús estaba continuamente anunciando la llegada del reino. (Vea, por ejemplo, Marcos 9.1). En el relato de lo sucedido el día de Pentecostés, en Hechos 2, vemos lo que había sido el enfoque del ministerio de Jesús. En Sus prédicas y en Su enseñanza, Él estuvo poniendo el cimiento para la venida de la iglesia.

2) *Lo realizó por medio de Su muerte y de Su resurrección.* El Nuevo Testamento deja bien sentado que Jesús murió para nuestra redención (Efesios 1.7). La última voluntad de Jesús fue ratificada por Su sangre, y confirmada por Su resurrección. Por lo tanto, en el momento que uno obedece al evangelio y es lavado por la sangre de Jesús, llega a ser la iglesia. En consecuencia, Pablo pudo decir que Cristo compró la iglesia con Su sangre, entregándose a sí mismo por ella (Hechos 20.28; Efesios 5.25).

3) *Lo realizó por medio de enviar al Espíritu Santo.* El evangelio —que incluye las buenas nuevas de la muerte y la resurrección de Jesús— no podía predicarse fielmente a menos que se contara con la guía del Espíritu Santo. Por lo tanto, enviar al Espíritu Santo sobre los apóstoles fue una parte significativa del comienzo de la era cristiana.

Hechos 2, el capítulo central de la Biblia, relata el momento en que descendió el Espíritu Santo sobre los apóstoles el día de Pentecostés. Con la guía del Espíritu Santo, los siervos de Dios pudieron predicar infaliblemente el evangelio eterno, y escribirlo para las futuras generaciones.

4) *Lo realizó por medio de predicar el evangelio.* Cuando los apóstoles inspirados se pusieron en pie el día de Pentecostés y comenzaron a proclamar el evangelio por el cual Dios da la salvación al hombre pecador, hubo personas sinceras que escucharon y respondieron. Con esta respuesta del pueblo a la prédica del evangelio que presentaron los apóstoles, la iglesia llegó a existir. En el momento de la redención, todos los que respondieron se fundieron en una comunidad de creyentes lavados por la sangre. Esta comunidad llegó a conocerse a partir de ese momento como «la iglesia».

Todos los salvos de la tierra forman parte de la iglesia universal que Cristo edificó. Puede que incluso haya miembros de la iglesia universal en lugares donde ni siquiera existe la iglesia organizada como congregación. El etíope de Hechos 8, llegó a ser cristiano, y fue añadido por el Señor a Su iglesia; sin embargo, no existía congregación de la iglesia donde él estaba. Cuando llegó a Etiopía, es probable que enseñara a otros con el fin de que comenzara a reunirse una congregación.

El reinado de Jesús sobre su iglesia no ha sido destruido, ni será destruido, por la apostasía. El cuerpo universal de Cristo fue establecido y no puede ser destruido; ni siquiera «las puertas del Hades» podrán prevalecer contra él. Ese cuerpo es el reino eterno que profetizó Daniel (Daniel 2.44).

Todas las iglesias neotestamentarias que hay en el mundo pertenecen a Cristo. Cada una de ellas es simplemente una congregación de la misma iglesia que Jesús estableció el día de Pentecostés.

Puede que una congregación del pueblo de Dios se extravíe de la verdad del Señor. Supongamos, por ejemplo, que los miembros de una iglesia neotestamentaria en cierto lugar han permitido que su culto se corrompa con falsas enseñanzas; tal congregación habrá adoptado prácticas que no están autorizadas por las Escrituras. Estos cristianos tendrán que eliminar las prácticas erróneas de sus cultos, y volver a la fidelidad. En tal caso, podemos hablar de restaurar la sencillez y la pureza de los cultos.

Una congregación no pertenece para siempre a Cristo tan solo porque una vez fue una iglesia neotestamentaria. Puede que llegue el día en que Cristo niegue una congregación Suya, como se ilustra por la aseveración de Él que se recoge en

Apocalipsis 3.14–16. Puede que una congregación de la iglesia del Señor se aparte y haga caso omiso de la Palabra del Señor al punto de que Este la deseche como una de Sus iglesias. Las iglesias denominacionales se formaron cuando los hombres se apartaron de la Palabra de Dios y establecieron sus propias organizaciones religiosas. Está claro que la única respuesta apropiada a las iglesias denominacionales consiste en desecharlas, salir de ellas, y llegar a ser la iglesia que Jesús edificó.

No podemos hablar de restaurar la iglesia en el sentido de hacer que vuelva a existir, ¡pues ella nunca dejó de existir! La iglesia ha existido siempre en algún lugar desde que fue establecida. Si bien algunos han pervertido el evangelio al enseñarlo, el evangelio en sí jamás ha dejado de existir sobre la tierra. Siempre ha estado aquí en la Palabra de Dios. En los lugares donde el evangelio jamás ha sido predicado, o en los lugares en que ha sido predicado incorrectamente, podemos comenzar a predicarlo en su pureza. Podemos restaurar la iglesia neotestamentaria en el sentido de plantar congregaciones en lugares donde ella no ha existido antes, o en lugares donde la iglesia ha apostatado.

Cuando evangelizamos, nuestra misión no consiste en establecer la iglesia; sino en extender la iglesia que Jesús edificó el día de Pentecostés. La apostasía afecta a la iglesia, pero no necesariamente la destruye. La apostasía puede hacer que una congregación deje de estar en el corazón de Jesús, pero no destruye la iglesia que Él estableció.

El hombre no tuvo nada que ver con la edificación de la iglesia. Su Artesano fue el Hijo de Dios. Él edificó un reino eterno, una iglesia contra la cual no podrán prevalecer las puertas del Hades.

### QUIÉN ES EL DUEÑO DE ELLA

La palabra que sigue en la aseveración de Jesús, es «mi», una palabra que sugiere pertenencia. Jesús no solamente concibió la iglesia y la edificó, sino que también proclamó, de modo que todos oyeran, que ella es Suya, y no del hombre.

Ciertamente, así es como debería ser. Jesucristo, el Fundador y Edificador, tiene todo derecho de decir que la iglesia es Suya. Qué apropiado fue que Pablo se refiriera más adelante a las iglesias de cierta región como «las iglesias de Cristo» (Romanos 16.16).

La iglesia es el cuerpo de Cristo (Efesios 1.22–23); es la esposa de Cristo (1<sup>era</sup> Corintios 11.2). Es el reino sobre el cual Jesús reina como Rey (1<sup>era</sup> Corintios 15.25).

A la iglesia que Jesús estableció se le refiere también como «la iglesia de Dios» (1<sup>era</sup> Corintios

1.2), debido a que el Padre y el Hijo son Uno. Lo que pertenece al Padre, pertenece al Hijo. Se le refiere como la iglesia de Cristo, porque, en un sentido muy especial, pertenece a Cristo. Él compró la iglesia y a Sus miembros individuales con Su propia sangre (1<sup>era</sup> Corintios 6.19–20).

La iglesia del Nuevo Testamento no tiene nombre, pero siempre se le describe claramente por todo el resto del Nuevo Testamento como pertenencia de Jesús. ¿Cómo debemos, pues, referirnos a la iglesia hoy día? La mejor respuesta es que debemos referirnos a ella como la Biblia lo hace. Es necesario que usemos las frases descriptivas que usa la Biblia, y debemos usarlas del modo que las usa la Biblia.

A la iglesia del Nuevo Testamento se le refiere de las siguientes maneras: «mi iglesia» (Mateo 16.18), «la iglesia» o «las iglesias» (Mateo 18.17); «la iglesia de Dios» o «las iglesias de Dios» (1<sup>era</sup> Corintios 1.2); «las iglesias de Cristo» (Romanos 16.16); «las iglesias de los santos» (1<sup>era</sup> Corintios 14.33); y «la congregación de los primogénitos» (Hebreos 12.23). Estas descripciones de la iglesia indican la clase de gente que la compone, la clase de llamado que han recibido, y quién es el dueño de ella. A la iglesia no le fue dado nombre por el Espíritu Santo, pero sí se le describe claramente en el Nuevo Testamento.

No constituye un error poner la expresión «iglesia de Cristo» en los rótulos que están al frente de los lugares donde adoramos, siempre y cuando usemos esta frase descriptiva de la misma forma que la Biblia lo hace: como una frase descriptiva y no como un nombre.

Es incorrecto decir que referirse a la iglesia como la «iglesia de Cristo» la convierte en una denominación. No hay manera de evitar que a los que tienen una visión sectaria les parezca sectario el uso de términos bíblicos. Si lo que uno desea dar a entender por la expresión «iglesia de Cristo», es lo mismo que el Nuevo Testamento da a entender por medio de ella, entonces no estará usando el término en un sentido denominacional, ni haciendo de la iglesia una denominación por el uso de él.

Honremos siempre a Cristo al referirnos a la iglesia como pertenencia de Él. Usemos todas las designaciones bíblicas que se refieren a la iglesia, de la misma forma que la Biblia las usa.

### QUIÉNES SON LOS MIEMBROS DE ELLA

La última palabra de la afirmación que está en Mateo 16.18, es «iglesia». Esta es la palabra griega *ekklesian* (ἐκκλησίαν). Significa básicamente «asamblea» o «llamados». Por medio de Su

evangelio, Jesús llama a un grupo de personas de en medio del pecado, de en medio del mundo, y de entre las filas de los seguidores de Satanás, para que formen parte de Su asamblea.

Jesús estaba usando esta palabra para referirse a Sus verdaderos seguidores, sin considerar la ubicación geográfica de ellos. En Pentecostés la iglesia fue establecida en el mundo una vez para siempre. Si bien la iglesia llegó a existir en un lugar y tiempo concretos con el primer grupo de personas que se sometió a la voluntad de Dios, no fue una sola congregación la que Jesús estableció. Él estableció la iglesia universal.

El fundamento sobre el cual se edifica la iglesia —la verdad en el sentido de que Jesús es el Cristo— fue establecido ese día. Los que obedecieron el evangelio ese día tuvieron como fundamento la misma fe que expresó Pedro en Mateo 16.16. El mismo fundamento tenemos nosotros, pues Cristo todavía está edificando Su iglesia sobre él. En Efesios 2.20–22 dice que nosotros hemos sido «edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor [...] juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu». Se trata de un templo que está creciendo; cada vez que una persona se convierte, ella es una piedra viva más con que se edifica esta casa espiritual (1<sup>era</sup> Pedro 2.5, 9). Hoy día no somos miembros de la misma congregación que se reunió en Jerusalén; pero sí somos miembros de la misma iglesia, pues nosotros obedecemos al mismo evangelio que aquellos cristianos obedecieron, y estamos viviendo por la misma regla de fe. Así, como iglesia del Señor que somos, somos edificados sobre el mismo fundamento sobre el cual ellos también lo fueron.

La palabra «iglesia» puede usarse también para referirse al pueblo de Dios de una nación en particular, sin considerar los diferentes lugares en los cuales se encuentran estas personas y congregaciones. Así, Pablo habló de «todas las iglesias de los gentiles» (Romanos 16.4).

Además, la palabra «iglesia» se usa en el Nuevo Testamento para referirse al pueblo de Dios que vive en un lugar dado, o en una región en general. Pablo escribió a «las iglesias de Galacia», y habló de «las iglesias de Judea, que eran en Cristo» (Gálatas 1.2, 22). Lucas escribió: «Entonces las iglesias tenían paz por toda Judea, Galilea y Samaria; y eran edificadas, andando en el temor del Señor, y se acrecentaban fortalecidas por el Espíritu Santo» (Hechos 9.31).

La palabra «iglesia» puede incluso referirse a una congregación en particular. Pablo mencionó la iglesia que estaba en casa de Aquila (1<sup>era</sup> Corintios 16.19). Escribió a la iglesia de Dios que estaba en Corinto (1<sup>era</sup> Corintios 1.2), y habló de la «iglesia de los laodicenses» (Colosenses 4.16).

La palabra «iglesia» se usa además para referirse a una asamblea del pueblo de Dios que se reúne para adorar. En 1<sup>era</sup> Corintios 11, por ejemplo, Pablo habló del momento en que los cristianos de Corinto se reunían «como iglesia» (vers.<sup>os</sup> 17–18), y les dijo: «Cuando, pues, os reunís vosotros...» (vers.<sup>o</sup> 20). La palabra «iglesia» se usa también de este modo en los versículos 28, 34 y 35.

A Pedro le fue dicho por Cristo: «... todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos» (Mateo 16.19). En otras palabras, el medio para entrar en la iglesia habría de ser el mensaje del evangelio que predicaran los apóstoles inspirados. Los que obedecieran el evangelio serían miembros de la iglesia de Cristo. Así, todos los salvos se encontrarían dentro de la iglesia de la cual Jesús habló. No sabemos cuán grande es la iglesia, pues no podemos saber cuántos en realidad han obedecido al evangelio; pero lo que sí sabemos es que la iglesia se compone de los que se han sometido al evangelio de Cristo.

No fue una denominación la que Jesús edificó. Es el hombre quien ha edificado las denominaciones. Por lo tanto, quienquiera que se encuentre dentro de una denominación debe dejarla y comenzar a ser la iglesia del Señor.

## CONCLUSIÓN

Ante esta clara aseveración de Jesús, ¿por qué debería confundirse alguien acerca de las características básicas de la iglesia? Su Fundador es Jesucristo. Él la edificó. Por lo tanto, le pertenece. Dentro de ella están los que han sido redimidos por Su preciosa sangre. No hay concepto más hermoso que el cuadro neotestamentario de la iglesia.

Las únicas verdades que podemos conocer acerca de la iglesia son las que Dios ha revelado por los profetas veterotestamentarios, y por los apóstoles y los profetas neotestamentarios (Efesios 3.5). El compromiso de ser la iglesia del Señor no tiene que ver con estrechez ni con amplitud de mente. Nuestro compromiso debería ser únicamente con lo que Dios ha revelado. Puede que en un momento dado, los conceptos personales que tengamos de la iglesia nos parezcan demasiado amplios o demasiado estrechos. La única manera

como podemos llegar a tener un concepto correcto de la iglesia es estudiando lo que se ha revelado.

Nadie tiene que desanimarse, ni confundirse, en lo relacionado con la iglesia. Toda persona

puede llegar a ser miembro de la iglesia que Jesús estableció, y tener la certeza de que es miembro de ella —porque fue Jesús quien dijo: «Edificaré mi iglesia».

Eddie Cloer

©Copyright 2004, 2006 por La Verdad para Hoy  
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS